

Llena la tierra con el Evangelio de Cristo



Celebración Franciscana

Hermanas Clarisas de Ávila

Canto: Yo celebraré

Introducción

Considera que el camino de tu vida ha sido bendecido por el Señor. Cada una de las páginas de tu vida, aún las más borrosas, llevan su sello. ¡Qué suerte que Dios sea así, compañero y amigo entrañable, en las horas buenas y en las que quisieras olvidar! Él comprende... ¡qué suerte!

En las últimas páginas de tu vida se han hecho presentes, dos personas, Francisco y Clara; dos cristianos que se propusieron vivir en serio el Evangelio de Jesús. Ya ves, no estás solo en el empeño de seguir a Jesús. Hombres y mujeres de ayer y de hoy intentan seguir el Evangelio, cada uno a su modo. No estás sólo; eres parte de una larga historia de «sandalias» en marcha.

Oración

Señor, te damos gracias porque nos has reunido en tu presencia para hacernos escuchar tu Palabra.

En ella Tú nos muestras tu amor y nos das a conocer tu voluntad. Haz callar en nosotros, otras voces que no sean la tuya, ayúdanos a no escuchar tu voz en vano, a ser tierra fértil que la reciba, para que tu Palabra pueda dar frutos: una Palabra acogida y no solamente leída, amada, y no solo meditada.

Manda tu Espíritu Santo, a iluminar nuestras mentes y purificar nuestros corazones; sólo así encontraremos en tu Palabra el Espíritu y la Vida, y no la letra que mata, así se renovará la Alianza y la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios bendito por los siglos. Amén.

Una leyenda que es historia

Narradora: Cuenta una leyenda que un día, en la oración de la mañana, Francisco dio gracias a Dios porque se sentía muy feliz. Por fin, comenzaba a ver a Dios en todas las cosas.

Con el corazón alegre, salió a andar por los caminos, cantando e invitando a todos a cantar las alabanzas de Dios. Al pasar junto a un melocotonero, le dijo:

Francisco: Hermano melocotonero, háblame de Dios.

Narradora: El árbol se estremeció ligeramente, como sacudido por una suave brisa, y de pronto se cubrió de flores, como si en él hubierrá irrumpido la primavera.

Un poco más adelante topó con una bandada de pajarillos posados sobre una rama.

Francisco: Pajarillos, hermanos, habladme de Dios.

Narradora: Y los pajarillos comenzaron a cantar con sus trinos una melodía como jamás se había escuchado en aquella región.

Francisco siguió adelante aún más alegre. Y al pasar por un arroyuelo que formaba un remanso natural en un umbrío y hermoso paraje, Francisco, embriagado de Dios, le dijo:

Francisco: Arroyuelo, hermano mío, háblame de Dios.

Narradora: Y las aguas comenzaron a moverse alborozadamente, como si quisieran hablar. Después fueron aquietándose poco a poco, hasta formar un espejo cristalino. Francisco miró atentamente hacia el fondo, y allá dentro vio el rostro de Clara., la cristiana, la hermana.....

Canto: Canto de Clara (Musical)

Clara de Asís

Lectora 1:

El gesto de la noche de Ramos no llegó de improviso a la vida de Clara. Estaba precedido por un hondo proceso de fe y de amor. Fue el fruto de un camino de luces y de oscuridades, de dudas y miedos, de esperanza y generosidad, de llamada de Dios y respuesta humana. La vocación de Clara se sustenta sobre este hecho: Dios mira, elige y llama.

Lector 1:

Clara quiso llegar hasta el final. Respondió a la llamada con su escucha, con su fe, con su vida entera. Recorrió este camino guiada por una sed que la hacía audaz. En el camino hubo una luz de Dios: el hermano Francisco. Con su orientación y ayuda, Clara decidió en su corazón seguir a Jesús, haciéndose pobre y dejándose transformar por su Amor.

(Salida a la huerta)

Lectora 2: Llegó el 18 de marzo de 1212. Domingo de Ramos. Era una noche serena. La luz de la luna tendía un suave y tenue manto de plata sobre las sobrias paredes de piedra rosada. Así dormía.

Clara: Dejé mi habitación sin hacer el menor ruido y sin despertar a mis hermanas. Extremé más el sigilo cuando pasé junto a la alcoba de mi madre. Me detuve unos instantes, justo para decirle a mi corazón que estuviera callado y en paz.

El corredor estaba en penumbra, alumbrado tan sólo por el pequeño candil que se mantenía encendido día y noche. Despacio, me deslicé hacia la escalera y bajé, peldaño a peldaño.

Mientras caminaba, rozando apenas las frías paredes del corredor, recordé el vertiginoso suceder de los acontecimientos: los encuentros con Francisco, la figura del Cristo de San Damián.... las palabras ardientes de Francisco que me hacían comprender de modo nuevo el Evangelio...

Canto: Evangelio

Clara: Por la mañana, había asistido con mi familia a la ceremonia del Domingo de Ramos. La Catedral de san Rufino estaba abarrotada de gente. Mi familia, el tío Monaldo, mis primos, mi madre y mis hermanas, Catalina y Beatriz, se encontraban cerca del presbiterio.

Me había vestido con mis mejores galas. Iba a cambiar definitivamente de estilo de vida y eso significaba para mí dejar todo lo que hasta ahora había tenido por bienes y tomar posesión de otros mejores.

Antes de iniciarse la procesión, los feligreses se acercaban a recibir del Obispo las palmas y los olivos. Tan absorta estaba en mis pensamientos que no me di cuenta del momento que se estaba viviendo a mi alrededor y no subí las escaleras para recibir mi palma. El Obispo bajó hasta mí y la puso en mis manos.

Obispo: La paz contigo, Clara.

Clara: La voz del señor Obispo que me entregaba la palma me volvió a la realidad. Su gesto fue muy sugerente para mí. Entendí que el Señor me daba su mano y me ofrecía acompañarlo por el camino de pobreza y humildad. ¡Tenía que ser valiente aquella noche!

Tal vez no era el mejor momento para emprender un camino nuevo que, aun dentro de la Iglesia, estaba en entredicho. Pero yo no tenía otra opción. Mi vida era Cristo pobre y humilde. ¡Él sería también mi fuerza! En aquel instante, con la palma de la paz en mis manos, estaba segura de ello. Tuve que huir. No tenía otra opción. Intentar el diálogo con mi familia no habría servido de nada. A mi madre no podía decírselo para no comprometerla y ponerla en apuros frente a mi tío, y no había nada que éste pudiera entender respecto a mi decisión: acercar mis intereses a los intereses familiares hubiera significado renunciar para siempre a mi ideal.

Las horas transcurridas entre la ceremonia en la Catedral y el instante preciso que había elegido para escapar se me hicieron eternas.

Canto: Himno de la misión.

Clara: Era de noche. Ni la más pequeña nube ponía obstáculo a la luz plateada que la luna irradiaba sobre la ciudad y sobre el valle. Tampoco en mí existía la más leve vacilación. Pese a la penumbra que lo envolvía todo a mi alrededor, yo caminaba decidida hacia la salida que había elegido. Temía que si salía por la puerta principal de la casa, me descu-

brieran y me impidieran realizar mi deseo, así que dirigí mis pasos a otra puerta. La que siempre permanecía atrancada con troncos y con una columna de piedra. La llamábamos: «la puerta de los muertos». Esta puerta se utilizaba para sacar a los difuntos, de modo que su espíritu no regresara jamás a la casa. Esa era la puerta elegida por mí. La empujé con fuerza. ¡Y la puerta se abrió con una suavidad que me dejó asombrada! La noche me recibió con una ráfaga de viento frío. Tuve intención de cerrar el único batiente tras de mí, pero comprendí que era mejor dejarlo abierto, así todos comprenderían lo irrevocable de mi decisión. Mi salida de casa era definitiva y así debían entenderlo todos.

Al atravesar la plaza de san Rufino, una mujer salió sigilosamente de la casa de los Güelfuccio. Era Pacífica, mi amiga, que se acercó confiadamente a mí, que me había detenido para esperarla.

Pacífica: Clara, por fin has llegado. La espera se me ha hecho eterna. Temía que no pudieras escapar de casa.

Clara: Gracias, Pacífica. Francisco y los demás hermanos también estarán esperándonos a las puertas de la ciudad.

Lector: Así parecía en aquellos momentos más hermosa que nunca. Sus casas y sus calles brillaban a la luz de la luna. Todo dormía y sin embargo, todo estaba temblando de emoción. Al llegar a la muralla Francisco y los hermanos recibieron a Clara y a Pacífica con antorchas encendidas.

Francisco: Dios te bendiga y te dé su paz, Clara

Clara: Que Él llene de paz y bien tu corazón, hermano Francisco.

Lectora: La Porciúncula estaba iluminada. Las antorchas y los cirios se habían encendido para darles la bienvenida. Los rostros de los hermanos estaban encendidos por el gozo.

Francisco: Ven, Clara. Cortaré tus cabellos como signo de tu consagración y pertenencia a la Iglesia. Desde ahora serás propiedad de Dios.

Clara: Noté cierto temblor en las manos de Francisco al tomar entre sus manos mi larga cabellera dorada como la mies madura. Temí que se volviera atrás. Pero no, eso no era posible ya, ni para él ni para mí. Por eso le dije: Corta sin miedo, Francisco. Mi decisión es irrevocable.

Después, reunidos en torno al pequeño altar, entonaron himnos y salmos al Padre que les convocaba en torno a Jesús y a Santa María de los Ángeles.

Salmo para andar un camino nuevo (Salmo 24)

A ti, Señor, presento mi ilusión y mi esfuerzo;
ante ti, mi Dios, confío, porque sé que me amas.
Que en las dificultades de la vida no ceda al cansancio,
que tu gracia triunfe siempre en mí.
Yo espero siempre en ti. Yo sé que tú
siempre estás cerca de quien confía en ti.

Acompáñame en el camino, Señor.
Que en mi vida se abran sendas de paz y bien,
caminos de justicia y libertad.
Que en mi vida se abran sendas de esperanza,
sendas de igualdad y servicio.

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu amor
nunca se acaban;
Tú eres bueno y recto
y enseñas el camino a los desorientados..
Señor, guarda mi vida y líbrame de mí misma.
Señor, que salga de mi concha y vaya a ti,
y que no quede defraudada de haber confiado a ti.

Gracias, Señor, porque te fías de mí y me esperas siempre.
porque ensanchas mi corazón encogido
y me libras de mis amarras y ataduras.

Me siento feliz porque me llevas por tu camino nuevo,
Señor, tu que eres el Camino.
Me guías por el sendero de la verdad,
tú que eres la Verdad del hombre.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en principio
ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amen.

Silencio

Monitora: Después de orar juntos recordando junto a Clara el comienzo de su vocación evangélica, os invitamos a expresar mediante un gesto, una palabra, un símbolo... la experiencia de vuestro encuentro con el Señor a través de Francisco y Clara.

Canto: Padrenuestro medieval.

Bendición

El Señor nos bendiga y nos guarde. Amen.
Haga brillar su rostro sobre nosotros y nos conceda su misericordia.
Vuelva su mirada a nosotros y nos conceda la paz. Amén.

Canto: Cantico de las Criaturas.